

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Barbara E. Mundy, *La muerte de Tenochtitlan, la vida de México*, México, Grano de Sal, 2018.

por Eduardo Matos Moctezuma

Comenzaré por el final. En el capítulo 10 de este libro, Barbara E. Mundy escribe: “El padre de la ciudad de México fue Tenochtitlan, y su derecho de nacimiento no puede negarse más” (p. 407). Acude la autora a Francisco Cervantes de Salazar, primer cronista de la ciudad de México que, en su muy valiosa obra *México en 1554*, recorre calles y plazas de la ciudad novohispana. Para su recorrido, Cervantes se vale de tres personajes. Dos de ellos, Suazo y Zamora, eran habitantes de la urbe; el último, Alfaro, un fuereño que no deja de asombrarse ante una ciudad que, nos dice la autora, partía de un concepto muy diferente. Así lo señala:

Los conquistadores españoles destruyeron los templos del *altepetl*, pero el perjuicio más grave quizá no fue la conquista en sí, sino la negativa sistemática del primero de los dos conceptos esenciales del mundo nahua del *altepetl*: *al*, el agua. Los españoles y los criollos, con su concepto de ciudad ideal forjada a partir de las tierras áridas de Extremadura, tuvieron poca tolerancia con el mundo acuático diseñado a partir de Aztlan [...] (p. 403-404).

Vayamos ahora a la introducción del libro. En ella, la autora escribe una frase que lo dice todo: “En 1521, la capital azteca de Tenochtitlan murió. Y, en 1521, nació la ciudad de México, que aún vive hoy en día” (p. 13). Estos conceptos de vida y muerte bellamente expresados por nuestra historiadora, y que están presentes en el título mismo del libro, no

dejan de ser paradójicos y aparentemente contradictorios: la paternidad de la primera, Tenochtitlan, da paso a la segunda, la ciudad colonial que se construye a partir de las piedras arrancadas de templos y palacios indígenas. De esta manera, la esencia de las construcciones coloniales contó con la mano de obra de los recién conquistados y con la materia prima obtenida del desmantelamiento sistemático que llevó a la erección de la nueva urbe dentro de una lógica diferente. De allí surgió una tercera metrópoli, la actual ciudad de México con sus millones de habitantes y su crecimiento desordenado. Pero lo que me interesa dejar por sentado es que Barbara, con muy buen tino, señala la importancia del agua como elemento fundamental, como común denominador presente en todo momento. El capítulo 2, “El agua y la ciudad sagrada”, es un buen compendio de la relación entre el líquido vital y la ciudad: la urbe surge en medio de un lago como queda expresado en una escultura a la que la autora dedica un apartado completo: el Teocalli de la Guerra Sagrada. El análisis que Mundy hace de esta pieza nos da una nueva interpretación de la figura posterior del águila parada sobre el nopal de cuyo pico surge el *atl tlachinolli*, símbolo de la guerra. La imagen referida se centra en un personaje que la autora identifica con Chalchiuhtlicue (La de la falda de jade), señora de los lagos y los arroyos, que, a su juicio, yace abatida y derrotada. La relación de esta deidad con el agua lleva a la autora a considerar que ella es la que da solidez y base a la fundación de Tenochtitlan en aquel medio acuático. Por otro lado, desde esta lectura el Teocalli de la Guerra Sagrada no es la imagen en miniatura del Templo Mayor, del *Huiteocalli*, pues le faltan muchos elementos para serlo. Más bien pareciera ser un templo dedicado al Sol-Huitzilopochtli que indica el lugar de fundación de la ciudad tenochca.

Para la autora no pasa desapercibido el importante papel que los *tlatoani* tenían en el espacio urbano. De ello trata en su capítulo 3, “El *tlatoani* en Tenochtitlan”. La figura del gobernante, muchas veces difícil de apreciar por el pueblo dentro de lo que la autora llama con acierto “la retórica de la invisibilidad”, se distinguía por los símbolos de poder que le eran propios. Las plumas, por ejemplo, eran traídas al centro desde diferentes partes del imperio, lo que hace pensar a Mundy que, simbólicamente, representaban espacialmente la forma en que se concentraba el poder en el máximo diri-

gente mexicana. Las fuentes históricas permiten a la historiadora visualizar los atuendos con los que se revestía el *tlatoani* en distintos momentos. Pero, no sólo en documentos antiguos vemos esto. La arqueología nos permite apreciar cómo, en la Piedra de Tízoc, este personaje es el único que lleva un tocado de largas plumas como parte de su vestimenta. Por otra parte, la planificación de la ciudad tenía ciertamente una razón de ser. En ella, las grandes calzadas que apuntaban hacia los rumbos cardinales teniendo como centro el espacio sagrado con su Templo Mayor tenían tal relevancia por la presencia del *tlatoani*. También la relación con el agua traída desde Chapultepec para abastecer a Tenochtitlan tiene vínculos fuertes con la figura del *tlatoani*. La autora nos recuerda, por ejemplo, cómo fue aquel primer intento por hacer el acueducto durante el reinado de Chimalpopoca y cómo esta obra fue posteriormente reconstruida por Moctezuma I. Sin embargo, Mundy hace ver cómo el interés de los dirigentes mexicanos por perpetuarse en Chapultepec dio paso a las figuras de algunos dirigentes labradas en el lugar. El control del agua, pues, era de enorme importancia y nos permite recordar la construcción del acueducto de Acuecuéxcatl que tantos perjuicios causó en la época de Ahuítzotl, pues inundó casas y sementeras con resultados catastróficos para los habitantes. Una vez más, la imagen de la diosa Chalchiuhtlicue vuelve a tener presencia en estos hechos, pues es ella la encargada de calmar el desbordamiento de las aguas.

A partir del capítulo 4, Barbara Mundy nos lleva con buena guía por los derroteros que la ciudad va a sufrir después de los combates. Para mí, la intención de Cortés al establecer la nueva ciudad sobre la anterior fue la de mantener una imagen de poder acorde con el espacio sagrado mexicano. Recordemos que apenas se iniciaba la conquista de otras regiones de Mesoamérica y que, por ello, era importante para los españoles preservar aquella imagen centralizada del corazón del imperio. Esta intención la vemos también en el nombramiento de los gobernantes de la nueva ciudad quienes, por lo general, tenían relación con la casa imperial mexicana. Tal fue el caso de Huanitzin, de quien la autora nos habla en el capítulo 5.

Otro aspecto que trata Barbara es el de la ayuda que diversos pueblos indígenas ofrecieron a los españoles y que resultó esencial para el triunfo del imperio español sobre el mexicano, apoyo comprensible basado fundamentalmente en el odio que provocaba en estos pueblos el sometimiento

al tributo impuesto por Tenochtitlan. Pienso que éste fue un factor definitivo para el resultado de la contienda. Pero a esto habría que sumar otros dos factores: el psicológico y el tecnológico. El primero, pienso, tenía su origen en los antiguos que auguraban el final del imperio y en el hecho de que las huestes mexicas habían perdido a casi todos sus dirigentes: el tlatoani Moctezuma fue hecho prisionero; Cuitláhuac, su sucesor, murió de viruela; muchos de los capitanes del ejército mexica murieron en combates. En cambio, los capitanes españoles estuvieron presentes durante la guerra de conquista y aún después de ella. Quizá uno de los pocos casos fue el de Juan Velázquez de León, muerto en la huida de la Noche Triste. Para un ejército, perder a sus generales resulta un golpe fuerte, sobre todo si ese dirigente era la máxima expresión del poder y si con su muerte se perdía al sol. En segundo lugar, desde el punto de vista tecnológico, resulta indiscutible que la diferencia de armamentos resultó esencial. Además, no se debe olvidar que existían también muy diferentes tácticas guerreras: el español iba a matar y el mexica pretendía capturar enemigos para llevarlos al sacrificio.

Pero pasemos a otra cosa. La autora pone también atención en lo que ocurrió con la población indígena mayoritaria, agricultores y artesanos, en aquellos momentos aciagos. Mundy nos dice que “mientras que el plano de 1564 de la Plaza Mayor muestra una vista de la ciudad, el *Plano parcial de la ciudad de México* ofrece otra cara de la región: los agricultores indígenas que vivían en comunidades organizadas bajo el dominio de sus señores tradicionales, en un paisaje cuidadosamente creado gracias al aprovechamiento del agua” (p. 159). Aquí volvemos a observar el interés en el agua que desde el inicio de la lectura del libro habíamos advertido. La atención, por otra parte, en los gobernantes indígenas de la ciudad es importante, como también lo es la supervivencia del tianguis o mercado. No hay que olvidar que, como lo hemos expresado, frente al palacio de Moctezuma se encontraba un amplio espacio abierto que vemos en el plano de Cortés publicado en Núremberg en 1524, en donde se describió como “Plaza” a dicho espacio y que parece ser el lugar donde estaba el tianguis principal de Tenochtitlan.

Los siguientes capítulos contienen una gran cantidad de información valiosa que va desde la importancia religiosa del cristianismo hasta los ejes

de la ciudad trazados con base en aspectos religiosos. En efecto, las utopías franciscanas son tratadas en el capítulo 6. En él la autora analiza la necesidad que estos religiosos tuvieron de imaginar una nueva Roma. Escribe Barbara en la conclusión de este capítulo:

A mediados del siglo XVI, la ciudad indígena-cristiana se consolidó en Moyotlan, centrada en torno a la escuela de San José de los Naturales, dentro del convento de San Francisco. Calle abajo, el espacioso *tecpan* era la personificación del orden de la autoridad indígena, y también era el centro de distribución del núcleo comercial del gran Tianguis de México. Así como el antiguo Templo Mayor había sido erigido en un cruce de ejes, también el *tecpan* lo fue. Su eje Este-Oeste enlazaba San Juan con San Pablo Teopan; para 1532 la calzada de San Juan se extendería más hacia el Oeste, para llegar hasta los manantiales de Chapultepec, mientras que el eje Norte-Sur fue definido por la arteria que pasaba a lo largo del costado del convento de San Francisco y luego llevaba cerca de Santa María Cuepopan, para terminar en Santiago Tlatelolco, por lo que enlazaba centros no solamente indígenas, sino también franciscanos (p. 251).

Un capítulo del libro que llama la atención por lo que en él se trata es, sin duda, el capítulo 7, “Toponimia de México-Tenochtitlan”. En él nos acercamos a los conceptos nahuas, a la interpretación de nombres (como los de Tenochtitlan y Tlatelolco) y a la división de la ciudad en barrios. Éstos, denominados en trabajos anteriores como *tlaxilacalli*, son elementos esenciales para la comprensión de la división interna de la ciudad novohispana. Barbara los define como “la unidad básica de identificación colectiva dentro de la ciudad, un nivel por arriba de la unidad familiar y por debajo de la parcialidad” (p. 268).

Las procesiones, los mitotes y otras representaciones populares revisten un carácter religioso pero también político y económico. No pocos de éstos, como nos muestra la autora, acabaron en disturbios. Está, por ejemplo, el mitote que vemos en el *Códice de Tlatelolco*, o el protagonizado por don Luis de Santa María Cipactzin a raíz de su boda. Recaudador de los impuestos, Cipactzin fue exhibido en público y denostado por la muchedumbre. El

relato que nos da Barbara de este suceso es muy interesante y nos revela las dificultades por las que pasaban los habitantes de la ciudad. Cabe agregar aquí que muchos de estos mitotes, en los que se podía adivinar la presencia de rituales prehispánicos, también estaban acompañados de las danzas de “Moros y cristianos” o “Danzas de la conquista” que los españoles, en particular los franciscanos, introdujeron en el siglo XVI.

“El agua y el *altepetl* a finales del siglo XVI” es el título asignado al capítulo 9. En él, la autora nos habla acerca de la reunión que el cabildo español tuvo en el edificio del ayuntamiento de la ciudad de México. Fue el día 28 de junio de 1575 cuando se llevó a cabo lo que Barbara nos refiere y que mucho nos dice de la forma que se gobernaba la naciente ciudad:

Por la mañana, los miembros del cabildo español, entre ellos algunos ricos y poderosos ciudadanos de la capital de ese Nuevo Mundo, se encontraban reunidos para una de sus acostumbradas juntas bisemanales en la que discutían algunos de los asuntos de la ciudad bajo su control: la organización de festividades, principalmente la de San Hipólito; las regulaciones de los rastros de la ciudad; la limpieza y pavimentación de las calles. Una carta del virrey, don Martín Enríquez de Almanza (r. 1568-1580), interrumpió el curso natural de la sesión; Tras darle lectura ingresaron al gran salón de juntas unos inusuales invitados, hombres que raramente cruzaban esas puertas. Eran los dirigentes del cabildo de México-Tenochtitlan, el gobierno indígena que tenía bajo su control las cuatro parcialidades, el anillo urbano indígena de la isla. A la cabeza estaba don Antonio Valeriano, quien afirmaba descender de linaje de los *huey tlatoque* de la época prehispánica, flanqueado por dos alcaldes del gobierno indígena, don Martín de la Cruz y don Martín Hernández, junto con una corte de nobles y funcionarios gubernamentales probablemente conformada por los diez regidores representantes de las cuatro parcialidades. Rara vez se reunían frente a frente estos dos cuerpos de gobierno, por lo que se trataba de una ocasión ceremoniosa.

Resulta ser que lo que convocaba aquella reunión era, ni más ni menos, la necesidad de construir un acueducto que corriera desde Chapultepec para

abastecer de agua los barrios de Moyotlan y Teopan, que no se veían beneficiados por el antiguo acueducto que llegaba por la calzada de Tacuba. Los argumentos presentados por los gobernantes indígenas en cuanto al pago de la obra y la necesidad de hacerla dieron por resultado la aprobación del proyecto. De este acto, como señala Barbara, “se puede ver en la construcción de esta obra su importancia práctica e ideológica en el ejercicio de la gobernanza indígena de la ciudad” (p. 366).

Y así llegamos al final de esta fascinante historia. Éstas son apenas algunas reflexiones que la lectura del libro me provoca. No exagero si digo que cada párrafo, cada línea, presenta ideas y facetas que llevan al lector a volver a releer lo escrito. Si bien está redactado de manera ágil y amena, también es cierto que no debió de ser tarea fácil para los traductores llevar a cabo su trabajo (recordemos que el libro fue publicado en inglés en su primera versión en 2015). No puedo extenderme más sobre un escrito rico en planteamientos por parte de la autora y basados en una rica bibliografía en donde las fuentes históricas juegan un papel relevante y en el que las excavaciones arqueológicas penetran en el corazón del imperio. Estudios más recientes también tienen cabida para brindarnos un verdadero corpus de conocimientos acerca de la antigua Tenochtitlan y lo que hoy sobrevive de ella.

Quizá no se equivocó el sabio nahua cuando, al cantar a su ciudad, dijo: “México-Tenochtitlan subsiste”. Al canto del poeta anónimo se une la de Alfonso Reyes quien, en 1915, escribía en su *Visión de Anáhuac*:

Más tarde, la ciudad se había dilatado en imperio, y el ruido de una civilización ciclópea, como la de Babilonia y Egipto, se prolongaba, fatigado, hasta los infaustos días de Moctezuma el doliente. Y fue entonces cuando en envidiable hora de asombro, traspuestos los volcanes nevados, los hombres de Cortés (“polvo, sudor y hierro”) se asomaron sobre aquel orbe de sonoridad y fulgores, espacioso circo de montañas.

A sus pies, en un espejismo de cristales, se extendía la pintoresca ciudad, emanada toda ella del templo por manera que sus calles radiantes prolongaban las aristas de la pirámide.